

# CARTAS AL DIRECTOR René Clair

## leyó ANCORA en el Flore de París

felicitando a nuestro compañero Vallverdú por su crítica sobre la "Beauté du diable"

Sr. Director de ANCORA  
San Feliu de Guixols

Sr. Director: No es muy frecuente que lo que pasa o se escribe en San Feliu de Guixols sea comentado o leído en París por un extranjero que ignora la existencia de nuestra pequeña ciudad. He aquí pues que tal cosa ha ocurrido y quiero relatársela por si usted cree que vale la pena dejarla inscrita en los anales de la ciudad.

Fué en los primeros días de Febrero al recibir tres ejemplares de la revista ANCORA que me mandó mi familia desde San Feliu, cuando ello ocurrió. No los leí de momento, esperando poder gozar de completa tranquilidad para enterarme de todo lo que había ocurrido durante las fiestas de Fin de año en San Feliu. A media tarde, me metí en el café de Flore—próximo a mi casa—para leer las revistas sin que nadie me interrumpiera. El café de Flore es el más conocido de Saint Germain des Prés. Según dicen, allí empezó Sartre a elaborar sus teorías existencialistas cuando pasaba hambre y nadie lo conocía. En las guías de turismo el café de Flore se anuncia como el salón donde se dan rendez-vous las estrellas de la pantalla y los existencialistas, con lo cual consiguen tan solo que el café esté lleno de turistas. Pero de vez en cuando al mediar la tarde, mientras los turistas visitan monumentos o suben y bajan de la torre Eiffel, cae por el Café de Flore algún pez gordo y se toma modestamente un café.

A medida que iba enterándome de la gente que se casaba y se moría en mi Ciudad y de lo que habían comido y bebido en la Nochevieja (Llif Odall), dejaba las revistas en un ángulo de mi mesa, que rozaba con la mesa vecina. Si algo hay abrumador en París, es la falta de espacio, lo cual toma visos de catástrofe cuando se entra en un café. Las mesas se tocan y para salir de ellas hay que pedir permiso a los tres o cuatro clientes que nos rodean por todos lados.

El señor que había a mi lado se inclinaba cada vez más hacia mi mesa intentando leer en el periódico, hasta que al fin me lo pidió.

—Vous permetez—dijo.

—Si—respondí.

Y empecé a leer el artículo titulado «Un pobre diablo» que firma el Sr. J. Vallverdú A. en el número del 18 de enero.

—¿Es Vd. española?—me dijo cuando hubo terminado. Le dije que si y que San Feliu de Guixols era mi ciudad. El hablaba bastante bien el español y por eso le pregunté si había

estado alguna vez en España.

—Si, he estado varias veces. ¿Usted conoce a los escritores de este periódico?, preguntóme—¿Al Sr. Vallverdú, lo conoce usted?

Le dije que conocía a algunos de ellos, pero que no conocía al firmante del artículo.

—Pues si tiene usted ocasión de hablar con ellos—prosiguió—díales que René Clair ha leído este artículo y que felicita a su autor. No se encuentran amenudo gentes que comprendan lo que nosotros hacemos, y satisface verdaderamente encontrarse con el escrito de uno que lo ha comprendido. En Francia no han entendido mi «Beauté du diable»; me atrevo a decir que el mundo actual no puede entenderla y por eso sorprende que en un pequeño pueblecito se glose mi película con tanta comprensión.

Pero dígame al Sr. Vallverdú (añadió) que no es una licencia poética mía el hecho de que el diablo no tenga poder sobre

natural y muera finalmente. El diablo tiene un poder natural, solamente, el diablo es la vida de los sentidos y puede matarse. Lo que pasa es que la lucha con el diablo es siempre individual. Mi héroe logró matarle con la renuncia y para el resto de su vida el diablo está muerto y bien muerto, pero para aquellos que le rodean, para el Príncipe y la Princesa, por ejemplo, el Diablo seguirá vivo. Es decir, el Diablo tal como yo lo imagino, es nuestra propia vida sensitiva, y tiene un poder en la naturaleza en toda su extensión. ¡Ojalá los hombres de este mundo supieran librarse cada uno de su propio diablo como lo hace el héroe de mi película. Si el milagro no se realiza, el porvenir que espera a esta generación es el polvo.

René Clair calló un instante y luego me pidió si le dejaba recortar el artículo. Cuando se lo hubo guardado en el bolsillo, me preguntó donde estaba situado San Feliu de Guixols.

—En la Costa Brava estuve yo—dijo al informarme de la situación.—Antes de que ustedes hicieran su guerra estuve en Cadaqués con Marlene Dietrich y Joseph von Stomberg. Salvador Dalí fué quien me llevó allí. Recuerdo todavía aquel hermoso paisaje. Tal vez vuelva a España dentro de poco tiempo y quizá me decida a vi-

# CARNET DE ARTE

## EXPOSICIONES

**Emilio Vilá.**— Como todos los años, este notable artista exhibe en el «Manso Miomi» una selección de sus obras.

Muy variados son los géneros que Vilá cultiva. Y es que difícilmente sus grandes facultades hubiesen podido encajarse dentro de estrechos moldes, y no salirse de ellos.

Triunfó como cartelista e ilustrador allá en París, en sus

sitar su ciudad. De todas formas su nombre ya no se me olvida.

Me habló de otras cosas de cine que ya no tenían relación con San Feliu de Guixols y luego vino un señor con cara de galán de cine y se marchó.

Esto es, señor Director, poco más o menos lo que René Clair me dijo. Me pareció un hombre sencillito, amable y sin ninguna vanidad, y por sus cabellos grises se adivinaba que había dado ya bastantes vueltas por el mundo.

Esperando que San Feliu de Guixols siga dando de que hablar al mundo, le saluda cordialmente

Denisse Pérez de León  
París, 19 Agosto de 1951

años mozos. Regresó a su patria con sólida reputación; fueron sus obras solicitadas y adquiridas por los más opulentos coleccionistas, pues con igual acierto que aquellos carteles, captó luego las bellas marinas de esta Costa Brava; las femeninas seducciones; los retratos, cuya maravillosa semejanza nadie puede poner en duda, pues no se recata de exhibir casi siempre personajes conocidos en la localidad, hasta el punto de que más de una vez sucede encontrarse entre los visitantes de la exposición, alguno de los retratados.

La pintura al óleo, la «gouache», la acuarela, montados sobre el más sólido y consistente dibujo, para Vilá no tienen secretos ni dificultades.

Es por esto que el público entusiasta de su arte, —entre el que han abundado este año más que ninguno, los extranjeros— acude al «Manso Miomi» como las gentes devotas a una romería. Y es que en realidad, la residencia de Vilá no es más que eso: un templo del Arte.

Y en la actual exposición ha querido mostrarnos, además de sus obras, algo también de los grandes maestros de otros tiempos. Prueba la más notoria de gallardía y de fé en la propia labor, la de quien no tiene reparos de ponerla en parangón con algunas muestras de la grande pintura de los insignes genios cuyas producciones son el más preciado tesoro de colecciones y museos.

**Sala Viader.**— En la librería Viader han sido expuestas varias pinturas al óleo de diferentes autores. El más característico y especial de la casa es Ponsjoan, cada día más experto marinista; las entonaciones grises y plateadas dan a su pintura un especial matiz muy acertado y personal; la corrección en el dibujo, y precisión en los detalles —aún tratándose a veces de obras de pequeñas dimensiones— hacen que sea su pintura muy apreciada, y no son pocos los forasteros que como recuerdo de esta Costa Brava adquieren sus cuadros y bocetos.

Entre los otros pintores que integran el conjunto de esta exposición, cabe mencionar a Torrent Buch —del cual ya más extensamente nos ocupamos con motivo de su propia exposición en los bajos del Palacio Municipal, De Soto con una marina, y R. Brugada, con una figura como tema principal, sobre un fondo de barcas en la playa.

**Conchillo.**— De este joven artífice del corcho, hemos visto en una de las salas de exposición, una reproducción a gran tamaño de la famosa «Cena» del pintor Juan de Juanes.

Muy allá puede llegar Conchillo si persevera en el estudio, y perfecciona algo su base en las artes del dibujo. Le aconsejaríamos que en vez de dedicarse a la reproducción de obras de otros autores, se especializara en algo personal, pues indudablemente son muchas sus facultades, y podría con el tiempo darnos obras definitivas y de alta categoría

ARTEMIO

## FICCIÓN realidad

## BALA PERDUDA

Luis Elías se puso a escribir «Bala Perduda» con el único y exclusivo objeto de hacer pasar un rato agradable o francamente divertido al público y conseguir unos buenos ingresos con las reiteradas representaciones de la obra. Ha conseguido ambas cosas. Enhorabuena.

¿Qué tiene Bala Perduda? ¿Tiene gracia? Sólo en algunos momentos, contados. ¿Tiene absurdo? Mucho, y en lo inesperado de muchas frases reside el éxito que cosecha. ¿Tiene interés? Ninguno, nada nuevo plantea, nada sustancioso ni aun en el área de lo humorístico. Todo el mérito de la obra reside en las oportunidades que brinda a los actores de hacer el indio. Y si saben hacerlo con la gracia necesaria para no caer en el más desenfundado chabacanesmo, el triunfo les sonríe.

Eso es precisamente lo que les sucede a los del Romea: se han tomado la cosa a pecho y representan la obra con gran fluidez, con matices, más de los que merece, con despreocupación, y con ritmo «codorniz». Se mueven, entran y salen, se acosan y se rien del muerto y de quien lo vela con harta tranquilidad. Nada importa lo que allí ocurre: simplemente, todos los actores parece que hayan subido al escenario a improvisar, a ver qué sale y a ver quién la dice más gorda. Y como el diálogo está lleno de chistes fáciles mejor que mejor.

Ahi tienen a Pablo Garsaball, el héroe de la obra. Efectúa un trabajo que seguramente ningún actor mejoraría. Y todo como quien no hace nada, pero en realidad sometido a una astutísima gimnasia de gestos y pausas. El tipo de caradura sonriente, vavales aventurero, ave de paso, mezclado con el de un infeliz sin malicia y algo infantil, dan una fórmula entre pillín y salteador muy del gusto de las mujeres, lo cual explica en buena parte el secreto motor de su éxito de públi-

co. Es un personaje sin contextura humana dibujado sólo en su soberbia incongruencia, pero dibujado con talento de actor, de actor muy al día de las cosas de nuestro mundo aburrido de dificultades que busca aturdirse entre música brusca y fáciles chistes remojados en cocktails.

Emilia Baró le sigue en meritos interpretativos; su «Martina» es un personaje al que dió más relieve que el que el mismo Elías le asignara; es un personaje en realidad triste, al que ella saca un inmenso partido, precisamente humano; y de aquí que la escena entre dos personajes, uno humano y el otro, deshumanizado, sea la mejor de la obra, sin duda.

Ramón Durán debe ponerse a continuación, la auténtica creación de ese actor múltiple de nuestro teatro en «El señor Papell», confirma las grandes dotes que en él alientan, ayudado de una eficaz caracterización.

Paquita Fernández, sencillamente bien. Se traslucía en su actuación una cierta fatiga, originada en parte sin duda por la convicción de que a ella le van mejor los papeles dramáticos. En cambio Roser Coscolla nos sorprendió agradablemente con su discreta y graciosa interpretación de la taquimeca. Y los demás, ajustados y divertidos.

¿Nos acordaremos dentro de un tiempo de «Bala Perduda»? Seguramente no. Pero eso no tiene importancia: La mayoría de los grandes éxitos de Broadway o de Londres se basan en afortunadas puestas en escena más que en el contenido del texto de las obras. Ni «Arsénico por compasión» ni el actual «Harvey» pongo por caso, eran mejores que la obra catalana. Pero a veces hay que comprender que el público buscamos un modo—no importa el procedimiento—de reír un rato. Y nada más. ¡Buena suerte, «BALA PERDUDA»!

J. Vallverdú. A.